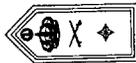


# CUARTEL DE INSTRUCCIÓN DE MARINERÍA. CENTRO DE FORMACIÓN DE ESPECIALISTAS

Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE

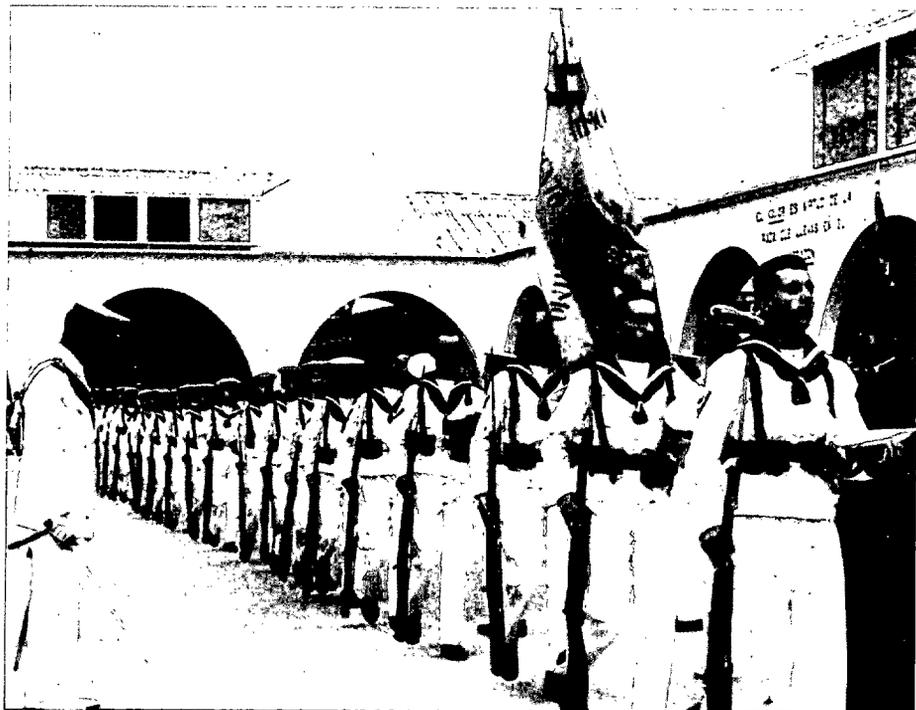


STE era el nombre de el del Departamento de Cádiz, apodado en su origen con el nombre de «Mil quinientos» (su capacidad normal de hombres en instrucción). Se acaba de clausurar, en su función normal hasta el momento, debido a las recientes orientaciones sobre el servicio militar como servicio general de todos los españoles.

Los cuarteles de instrucción de marinería fueron producto del impulso del laureado capitán de navío Fernando Abárzuza a la sazón en el Estado Mayor de la Armada, el heroico comandante del *Vulcano*.

Se pretendía dar al marinero, además de la razón propia de su cometido (mejorarla si cabe), la propia de un «soldado de la Patria», en el amplio sentido que la expresión tiene, formándole íntegramente como hombre de bien, de honor, y patriota por excelencia.





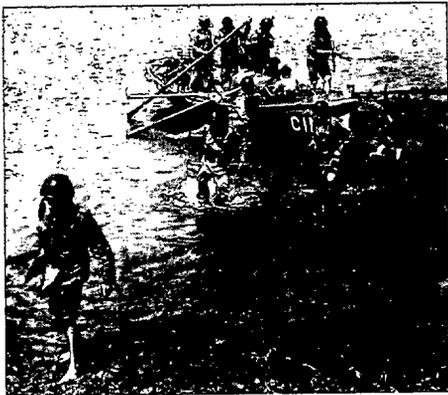
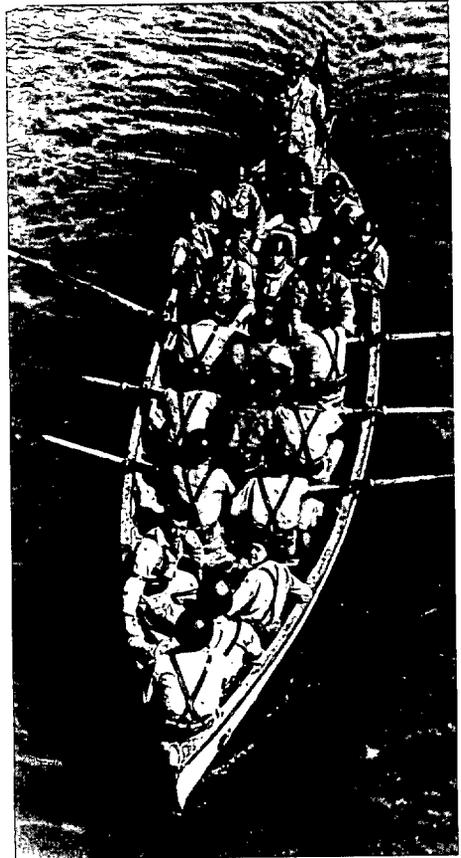
Hubo tres cuarteles: el de Ferrol, el de Cádiz y el de Cartagena. El de Cádiz, que es el que nos ocupa en estas líneas, fue ubicado en parte del antiguo Cuartel de Batallones de San Carlos. Su primer comandante jefe fue el entonces capitán de fragata don José García de Lomas y Barrachina. Le sucedió don Manuel de la Hera y Sobrino, al que se le dio la misión de dirigir la construcción de nuevos edificios, dotados adecuadamente para la misión a desarrollar. Esta adecuación y el empuje de sus comandantes jefes y demás instructores hicieron que se consiguiesen en este Cuartel efectos sorprendentes en lo que a su eficacia se refiere: ellos se fueron mejorando más y más y logrando más importantes efectos. Al tiempo que era escuela para los reclutas, era escuela para ellos mismos: *espíritu de superación y voluntad de vencer* cuantas dificultades se presentaban. Y se creó un *clima* que podemos llamar «de campaña»; un *ambiente* que envolvía todo y trabajaba en pro de la instrucción y de la formación del hombre más si cabe que lo desarrollado en el horario (éste muy apretado y «entusiasta»). Se vivía este artículo que nos enseñaron las sabias ordenanzas: «Todo servicio en paz o en guerra se hará con igual puntualidad y desvelo que frente al enemigo».

En el cuartel todo estaba dispuesto —*ad utrumque paratus*—. La dotación (madre del tonel donde había de hacerse el buen vino) formada en compañía,

mandada por un teniente de navío, susceptible de fraccionarse en «comandos» (ellos decían así), listos para intervenir en lo que fuese de más riesgo, incendios, inundaciones, posibles servicios de armas... en lo que fuese. Verdadera Compañía A, ejemplar en todo, elemento catalizador. Las armas de exorno (con las cuales se hacían ejercicios), los *mocks-up*, en general, después de ser empleados gritaban su muda ¡pero elocuente arenga!

Los actos necesarios de régimen interior se ejecutaban como si de instrucción se tratase.

Y el cuartel tenía ansias de ser buque: un gran cabrestante (símbolo de la fuerza marinera) centraba el patio de armas. Éste era el usual campo de toma de los helicópteros en cuanto los hubo en Rota. Se tuvo gran contacto con ellos (expresión de eficacia y modernismo), también con el Ejército del Aire y con el Ejército de Tierra: no se efectuaba disparo de cañón en Campo Soto que no sirviese para foguear a los marineros de la Armada. Acción conjunta: *todos*



*somos uno*. Y todo —erre que erre— siguiendo un plan de instrucción desarrollado con vigor y flexibilidad. Había que adaptarse a las necesidades de otros «dueños», de lo prestado, y al tiempo atmosférico, aprovechándolo. Todos prestaban elementos, películas de instrucción, manguitos de goma simuladores de heridas. Todo lo daba y el cuartel daba y ofrecía cuanto tenía.

Y seguía tenazmente el plan de instrucción, ejecutado con vigor y entusiasmo. La situación del cuartel,

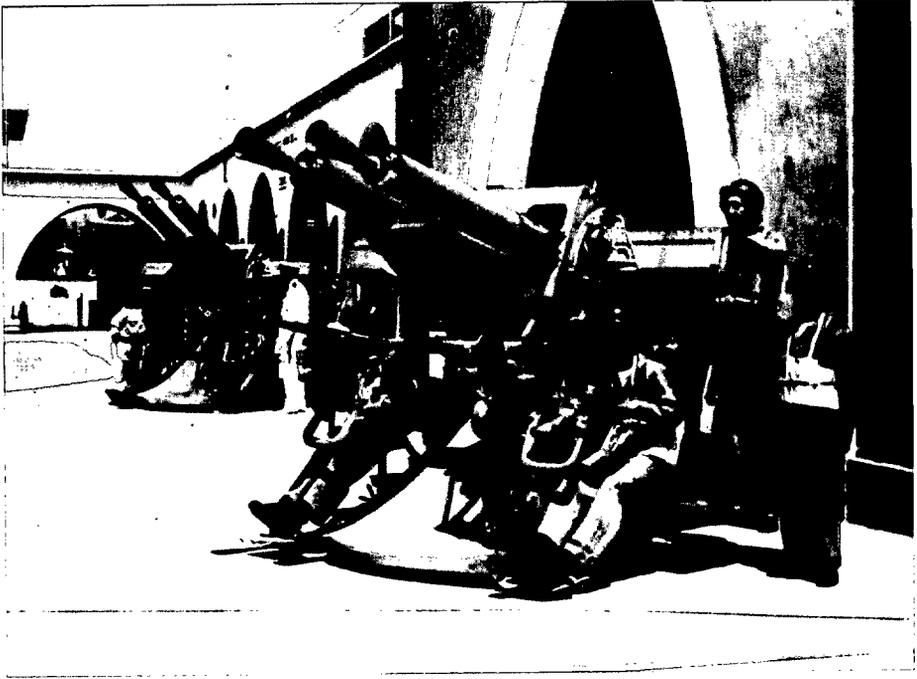


cercanía de unidades y centros, permitía mutua ayuda: el Tercio de Armada de Infantería de Marina, el llano de San Carlos, los centros de adiestramiento, el Panteón de Marineros Ilustres, el Arsenal de La Carraca. Los caños que ideasen en tiempo de Carlos III, el hospital, los *mixtos*. La situación era privilegiada... y en «ansias de mar» los botes a vela llegaban a surcar el mar libre hasta Rota. La base moderna en que había gentes que habían hecho una guerra reciente. Con ellos había gran contacto.

Y los subinstructores (cabos eventuales) mejoraban más y más, hacían un «cursillo» embarcados, aprovechando los viajes que a los peñones hacía un aljibe que les daba agua, con plan de instrucción adecuado. Allí se enfrentaban en luchas deportivas con los legionarios que los guarnecían.



La contextura del cuartel permitía tener pistas militar y marinera (ésta para que todos con sus mandos hicieran de todo, sin limitarse a oír explicaciones). La militar, una verdadera pista de combate, con explosiones reales de trilita, con fuegos de incendio, con pasos de curso de agua, con



obstáculos de asalto... y campos de lucha y gran gimnasio, y gran piscina de natación y de instrucción de combate. Y palo marinero. La pista de combate tenía (tangencial) una estructura de cemento en forma de barco, de destructor donde se efectuaban ejercicios de apuntalamiento y de señales y maniobras marineras en general: rodeado de «hornillos» para en ellos provocar explosiones de TNT y fuegos. Las brigadas efectuaban días de instrucción «a bordo» de la estructura. Se llamaba el *Barco E* (ejercicio y también eficacia).

Las duchas se aprovechaban también para hacer ejercicios de descontaminación radiactiva. No se olvidaba la acción atómica. Muchas posibilidades tenía el cuartel de Cádiz por su construcción extensa y las iniciativas y empuje de los instructores. Y las paredes hablaban con máximas de importancia. Y la música por el sistema megafónico tocaba el fondo musical *correspondiente al momento*. Y la banda hacía maravillas con músicos sin pretensiones... y las «bandas de guerra» (cornetas y tambores) se hacían oír con frecuencia bien dosifi-





cada. Cuando la Infantería de Marina cambiaba instrumentos, se pedían los aprovechables. Lo mismo se hacía con las armas sustituidas. ¡Todo valía! ¡Adelante!

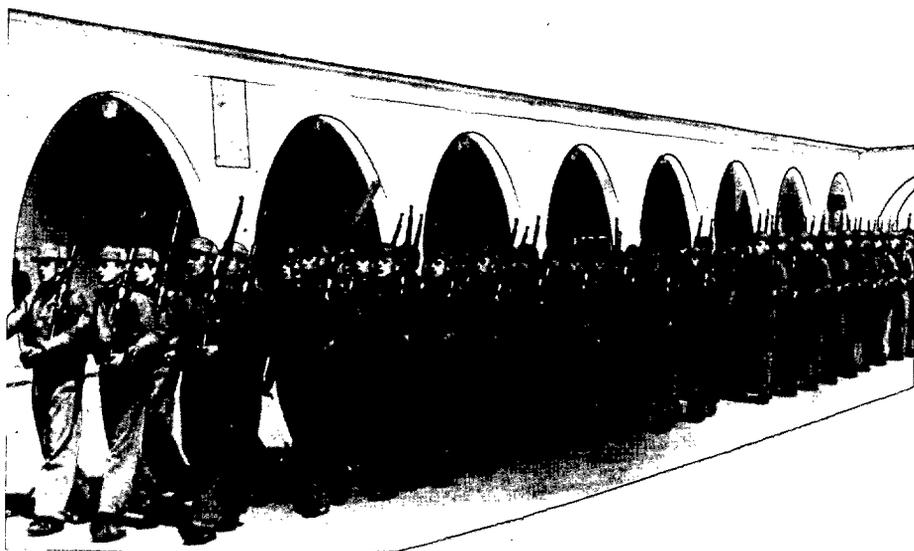
¡Aquellas juras de bandera! Quedaba como santificado el patio de armas por aquellos miles de besos dados a la enseña de la patria, jurándola defender hasta morir..., emo-

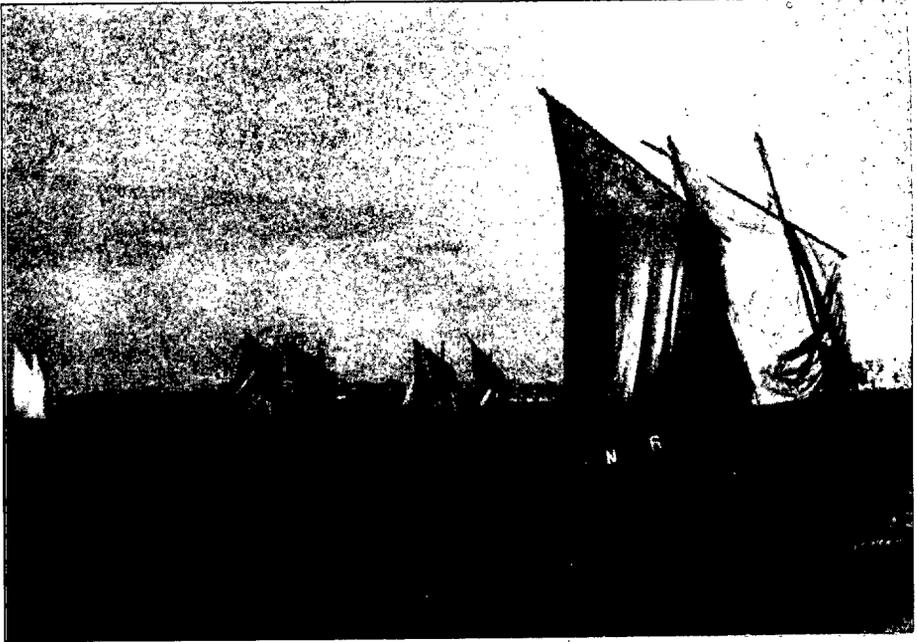
cionadas las madres, orgullosos los padres, que habían *servido* con lealtad y con honor.

A veces hubo juras conjuntas, con la Infantería de Marina y con el ejército de Tierra —se mostraba hermandad de armas—. Entonces gloriosas banderas, alguna laureada, venían a unirse a la bandera departamental que el cuartel custodiaba de modo constante. Tenía ese honor.

Un fuerte «¡Sí, juramos!» resonó, pujante, centenares de veces en este patio de armas.

...Y aquellas «vistas a la derecha» (con el fusil en el hombro derecho) del paseo de la Castellana de Madrid; aquellas miradas disciplinadas pero orgullosas, respetuosas pero fieras, *expresión del alma*, que eran la admiración del almirante Nieto Antúnez —gran psicólogo— se fraguaron en este Cuartel de



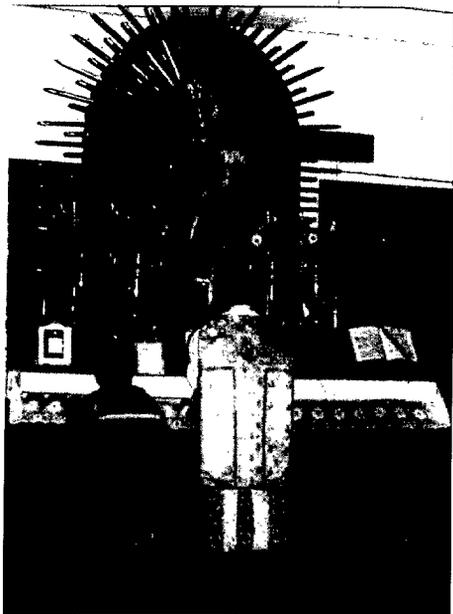


Instrucción que ahora termina como tal, entusiasmados los hombres con el canto del himno de la marinería.

Desfiles ante el jefe del Estado. Llovieron las felicitaciones: la marinería del Cuartel de Instrucción de Cádiz —«afilado» para la mar y para la guerra tuvo la representación de toda la Armada en muchas ocasiones, alternando con la de desembarco del crucero *Canarias*. ¡Marinería en armas!— la he visto en campaña y me he sentido orgulloso de ella.

Muchas cosas se me quedarán en el tintero de las posibilidades del cuartel de Cádiz, construido para su función peculiar y tratada ésta con entusiasmo... Muchos hombres pasaron por él. Se marcaban las cifras en un muro como de las victorias de una unidad de guerra se tratase.





Y el culto a los muertos en acción de guerra (especialmente) estaba bien patente. Había una cruz de los caídos por delante de la cual se desfilaba con armas una vez en cada periodo de instrucción... Y en todo se tenía en cuenta a Dios y a la Capitana del Carmen, su mediadora marinera.

Causaba emoción intensa ver salir a los que terminada la instrucción del cuartel con sus sacos y con el bagaje en el alma de tantas cosas buenas.

Quando se organizaron los especialistas de esa Armada, el mando juzgó que el centro más a propósito para ellos era Cuartel de Instrucción de Marinería de Cádiz, y a su titulación se añadió Centro de Formación de Especialistas», gran responsabilidad añadida desde entonces.

Y todo se hacía pidiendo ayuda a Dios, mucho a través de la Virgen del Carmen, la Santa Patrona de las Marinas de España. El escudo completo llevaba una cruz.

Sirvió como emblema del cuartel en su aspecto nuevo, de gran dinamismo, el pez espada, batallador por excelencia... Tomo el siguiente verso como broche de estas cortas pero sentidas líneas:

«Los marineros que siempre llevamos  
la Marina en el corazón;  
por España nosotros lucharemos  
si es que alguno mancilla su honor.»

¡Todo termina... o se transforma! ¡*Laus Deo!*

